



Los libros

I.R.E.

PERIFERIA

RAY BRADBURY: Crónicas Marcianas y El Hombre ilustrado, Buenos Aires, Minotauro, 1955.

Largo es el camino del hombre en la difícil geografía de los sueños. Desde Platón hasta los últimos optimistas del 90, la utopía fue siempre el ámbito fabricado para superar la sinrazón de este inmediato que me atrapa y en el que tengo que vivir; la hermética estrechez del aquí y el ahora.

Países de utopía, mundos insólitos que se levantan como castillos de barro blando frente al sol; el barro es el leit-motiv de la búsqueda eterna: la felicidad humana; los cimientos en cambio están anclados siempre en el mismo presente insatisfecho y en la médula del descontento. ¡Y qué extensa galería! Es como una interminable sala de espejos que reflejan cada uno un rostro distinto de la felicidad y donde las imágenes se desdobl原因 una sobre la otra, superponiéndose, multiplicando hasta el infinito sus infinitos costados.

Allí están Moro, Campanella, Rousseau, Morris... para asistir nuestro asombro y explicarnos cómo encontraron la cuadratura del círculo. Los mil perfiles de las panaceas universales engendran un insólito caleidoscopio fuera del tiempo y el espacio. No importa que cambie el color de los cristales (colectivismo, gobierno de los sabios, control y renovación periódica de los que mandan, ciencia para todos, retorno a la naturaleza, la salvación por el mecanicismo, satisfechas castas impenetrables con funciones intransferibles, estados simétricos...) el resultado siempre es el mismo: universos inmutables poblados de hombres inmutables y serenos que reciben sobre sus quietas felicidades la cálida caricia del bienestar eterno.

Pero en la era atómica los espejos estallan; dos guerras mundiales y la bomba de hidrógeno colman el ancho cauce de la vida; ya no hay lugar para utopías. Aquí están los terribles mundos de Huxley y de Orwell como testigos. Las utopías se han convertido en uto-

pías al revés y aquellas deliciosas bahías de recogimiento eterno parecen ahora un contrasentido. Ya no interesan ni las matemáticas de las ciudades perfectas, ni la búsqueda de la felicidad. La tónica se ha clavado en el aguzar la realidad hasta la exageración; hasta el delirio enloquecido; hasta el asco y la vergüenza. Utopía es ahora el infierno.

Ray Bradbury, hijo de Illinois, autor de esas incomparables obras que son "Crónicas Marcianas" y "El Hombre ilustrado", es también, en cierto modo, un exponente en esta singular manera de hacer reversos de utopías. Y digo en cierto modo, porque Bradbury posee características peculiares que le apartan de la fría cerebralidad, ese escalpelo con el que incursionan por la materia humana los practicantes de esta literatura. Muy lejos está de la siniestra lógica de Huxley o de los oscuros laberintos de Orwell. Bradbury no mata al hombre para poder ejecutar luego una limpia autopsia de sus emociones, sino que pulsa la cuerda afectiva con pausado y recogido amor; a pesar de su medido espanto, a pesar de sus evidencias espectrales, Bradbury ama la vida. Y así, por encima del testigo impotente que relata el crepúsculo del hombre, surge, paradójicamente, el poeta que canta con dolor a las cosas simples de la vida.

"Crónicas Marcianas" es la historia de la invasión al planeta Marte, los primeros fracasos del hombre, la muerte de los marcianos y la posterior colonización. En "El hombre Ilustrado", a través de dieciocho buenos cuentos que son otras tantas visiones del futuro, Bradbury sigue caminando por el delgado filo que separa la realidad del mundo de las sombras y el

misterio, con particular atracción por los problemas parapsicológicos, la sugestión de la vida en otros mundos, los viajes interplanetarios y los robots mecánicos. J. L. Borges, en el prólogo al primero de los libros citados, plantea su inquietud por el terror y la soledad que le invaden ante "episodios de la conquista de otro planeta"; se pregunta así: "cómo pueden tocarme estas fantasías, y de una manera tan íntima? Toda literatura —dice en seguida intentando una respuesta— es simbólica; hay unas pocas experiencias fundamentales y es indiferente que un escritor, para transmitir las, recurra a lo fantástico o a lo real..." Nosotros también hemos sentido a través de esas historias, el frío mordiente de lo irremediable, instalarse a lo largo de las venas; no creo sin embargo que la clave de ese especial ambiente resida en la simbología de esas fantasías ni que esa simbología sea fortuita; muy otro sería el resultado si Bradbury para transmitir sus experiencias del amor, de la vida y de la muerte, hubiera concebido una tragedia del renacimiento, o un idilio pastoril en la campiña sueca.

El logrado terror está precisamente en la fusión entre fantasía y realidad. No hay un límite de separación; conviven y se determinan indiscriminadamente; la diferencia, en última instancia, es sólo gradación de matices; ¿dónde empieza lo fantástico? ¿Dónde termina la realidad? Y es en esa confusa convivencia donde se alojan el horror y la incertidumbre; porque esa realidad es casi la nuestra, porque en esas sombras sopechamos cosas que ya sabemos; porque casi reconocemos como algo moleestamente familiar a esas monstruosas perversiones.

Bradbury encuentra la manera de expresarse trabajando con una

eficacísima técnica; no busca el horror, no lo crea deliberadamente ni lo persigue para dar el golpe de efecto en la última página; su horror es, está ahí. Consigue estructurar una peculiar atmósfera, exacta y necesaria, para que las evidencias nos sacudan desde la primera frase. Puntualizo exacta y necesaria, porque así como antes hablé de la superposición entre fantasía y realidad, se puede aquí señalar la perfecta simbiosis de contenido y expresión: la organización de la sintaxis en frases cortas; la justa posición de las comparativas que enriquecen maravillosamente las descripciones y les confieren un suave tono elegíaco; la adjetivación abundante y colorida, que lejos de entorpecer la acción, le inyecta un ritmo visual casi cinematográfico. La justa ubicación de los elementos determina la tensión dramática; cada frase, cada palabra, vibra; y esa carga emotiva de cada palabra, esa exactitud y necesidad, explican por qué cuando leemos a Bradbury sentimos la presencia de las cosas: esa roja arena de Marte que nos roza los párpados, y ese viento que barre las viejas ciudades ajedrezadas, y esa impresión de sofocante soledad, palpable, casi física: ... "Mientras ruge el viento levantando torbellinos de arena y las estrellas frías titilan en el cielo, cuatro figuras, una mujer, dos hijas y un hijo atienden el fuego sin ningún motivo y conversan y rien. Noche tras noche, año tras año, la mujer, sin ningún motivo, sale de la choza y mira largamente el cielo con las manos en alto. Mira la tierra, la luz verde, sin saber por qué mira, y después entra y arroja al fuego unos trozos de leña, y el viento sigue soplando y el mar muerto sigue muerto". (página 215, "Crónicas Marcianas").

Ese modo de exteriorizarse se identifica con el contenido y materializa aquella peculiar atmósfera, ya mencionada, de impotencia conmovida; de sabor a inexorable que duele como dolerse por volver a sentir bajo los pies descalzos los dulces patios de la infancia; como el anhelo de bajar por la ladera de los días y refugiarse en una tarde de los once años para mirar la lluvia con la temprana frente sobre el vidrio y sentir sobre los hombros el agitado tintineo de la vajilla, los diligentes pasos, el aroma penetrante del chocolate espeso y de las tortas de miel; como querer respirar otra vez en las interminables siestas el misterio de los cajones prohibidos...

Bradbury es el poeta de la vida elemental y serena; por eso más allá de la crítica acerba a una época sin alma; de las perfectas marionetas que reemplazan a los hombres; de esos terribles niños que gracias al desarrollo de la técnica pueden materializar sus impulsos destructores; de la increíble casa mecánica —esa que fué concebida para hacer absolutamente todo, desde leer un poema hasta anudar los cordones del zapato, y que sigue en pie cuando todo ha desaparecido, cantando "hoy es cinco de agosto de dos mil veintiséis, hoy es cinco de agosto de dos mil veintiséis, hoy es cinco de agosto de dos mil veintiséis"—; más allá de todo eso sospechamos su infinito cansancio, su inseguridad, su terca ternura, y ese oscilar entre la luz y la sombra, entre sentirse testigo de la grotesca muerte en mano de las máquinas y la convicción irracional, desesperada, de que a pesar de todo y de sí mismo, el hombre tiene que encontrar algún modo de rescatarse al absurdo.

Con respecto a esa atmósfera

bradburyana quiero señalar otro aspecto. Dije antes que Bradbury no busca deliberadamente el horror sino que el horror es en él; y si Poe está presente, no es por la impronta de su espíritu que se lo reconoce, sino en el recuerdo vivo que anima su defensa del misterio; su presencia en la reedición del famoso "Tonel de amontillado" (que parece ejercer extraña sugestión entre los hombres que dialogan con el misterio; recuérdese "El crimen del otro" de Horacio Quiroga) es puramente circunstancial y se justifica sólo para el logro del ambiente fantasmagórico. Poe fabrica el espanto y nos espía por el rabillo del ojo; Bradbury lo **sufre**. Todas las situaciones son suyas. (Por eso la tragedia del negro, entre tantas tragedias, es su propio dolor, negro y caliente).

Intentar encasillar a Bradbury dentro de la llamada Ciencia-Ficción o la literatura de utopías es riesgosamente gratuito; su voz —que supera los límites del disector sagaz o de la verbosidad imaginativa— se eleva en suave tono menor para interpretar los designios del alma y reivindicar, en este desarticulado mar de dínamos y engranajes, la vigencia del misterio, el mundo de la poesía, los pausados ademanes.

Esther María Smud

HEMOS RECIBIDO *

- Baumgarten, **Reflexiones filosóficas acerca de la poesía**, trad. del latín, prólogo y notas de José A. Miguez, Bs. As., ed. Aguilar, 1955.
- Berkeley, George, **Tratado sobre los principios del conocimiento humano**, estudio preliminar, trad. y notas de Risieri Frondizi, Bs. As., Ed. Losada, 1945.
- Bahgavad-Gita o Canto del bien-**

- aventurado**, trad. del sánscrito, prólogo y notas de José Barrio Gutiérrez, Bs. As., ed. Aguilar, 1953.
- Duns Scotto, **Tratado del Primer Principio**, trad. del latín, prólogo y notas de Alfonso Castaño Piñán, Bs. As., ed. Aguilar.
- Eckehart, **El libro del consuelo divino**, trad. del alemán y prólogo de Alfonso Castaño Piñán, Bs. As., ed. Aguilar, 1955.
- Forster, E. M., **Donde los ángeles no se aventuran**, Bs. As., ed. Sur, 1955.
- Frondizi, Risieri, **Realidad universitaria y teoría filosófica**, Caracas, ed. Universitaria, 1948.
- Frondizi, Risieri, **Sustancia y función en el problema del yo**, Bs. As., ed. Losada, 1952.
- Frondizi, Risieri, **The Nature of the Self. A Functional Interpretation**, New Haven, Yale University Press, 1953.
- Frondizi, Risieri, **La "Teoría dell' Homo" de Francisco Romero**, estratto dalla Rivista de Filosofia, volume XIV, número 2, Aprile, 1954.
- Frondizi, Risieri, **Las nuevas ideas pedagógicas y su corrupción**, Puerto Rico, La Torre, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, Sobretiro número 7, año II, julio-setiembre 1954.
- Kasack, Hermann, **Falsificaciones**, Bs. As., ed. Sur, 1955.
- Luzuriaga, Lorenzo, **Antología Pedagógica**, Bs. As., ed. Losada, 1956.
- Massuh, Víctor, **América como inteligencia y pasión**, México, ed. Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Salas, Alberto, **Relación parcial de Buenos Aires**, Bs. As., ed. Sur, 1955.

Santos, Eduardo, **La crisis de la democracia en Colombia y "El Tiempo"**, México, Gráfica Panamericana S.R.L., 1955.

Taine, Hipolytte, **Introducción a la literatura inglesa**, trad. del francés de J. E. Zúñiga, Bs. As., ed. Aguilar, 1955.

RECIBIMOS EN CANJE *

Américas (Unión Panamericana).

Asomante (Puerto Rico).

Cahiers de "La Nef" (París).

Nº 10, *L'Atome notre destin.*

Nº 11, *Le progrès au service de l'homme.*

Nº 12, *L'Urss vue de la France.*
Ciudad (Bs. As.).

Cuadernos de Cultura (Bs. As.).

Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura

Esprit (París).

Humanismo (México).

La Torre (Puerto Rico).

Sur (Bs. As.).

* Han sido automáticamente incorporados a la Biblioteca del C. E. F. Y. L., a disposición de los socios.